

# 1

Me gusta sentarme en el escalón de la casa de Míriam mientras ella toca el piano con las ventanas abiertas. Siempre que la escucho tocar, un olor a jazmines me envuelve como si acabase de explotar la primavera. Es una de las cosas buenas de ser sinestésica: que tu mejor amiga toque el piano. A veces cuando toca Beethoven, en vez de oler a jazmín, huele a madreSelva, pero solo con las sonatas.

En el escalón de la casa de Míriam la imaginación se me llena de macetas de flores. A mi amiga le da mucha vergüenza tocar con público; por eso, si hemos quedado a las cinco, me voy

media hora antes para sentarme en su puerta y escucharla ensayar sin que ella lo sepa. Es el único secreto que no compartimos. Cierro los ojos mientras la música se escapa por la ventana y dejo que el mundo se llene de olor y de colores.



## 2

Félix siempre llega puntual, con sus gafas enormes, su pelo rubio y su cara pálida. Félix es el niño más blanco que conozco; a veces se le transparentan las venas en la frente y puedes seguir las con el dedo como si fueran carreteras de hormigas. Cualquiera pensaría que es el blanco perfecto para los matones del colegio, pero mi mejor amigo es tan inteligente y tan bueno que todos lo respetan. A mí me gusta escucharlo reflexionar sobre las cosas que nos explica el profe. Cuando se pone filosófico oigo una musiquilla como de violines, la misma que cuando me sale bien una multiplicación de tres cifras. Pue-

do sentarme a escuchar a Félix pensar durante horas: es como escuchar a Míriam en el piano, nunca te cansas.

Mi madre dice que tengo mucha suerte porque he encontrado a dos amigos de verdad y que eso es como la flor más rara del Himalaya. Pero querer a Míriam y a Félix no ha sido fruto de la suerte, sino de la sinestesia. El día que me presentaron a cada uno de los dos, el mundo se me llenó de colores brillantes y fosforitos. Supe que era una señal de que debía esforzarme por hacerme su amiga; y fue tan sencillo conseguirlo que era fácil imaginar que a ellos también se les había llenado el mundo de colores al verme.

### 3

Félix apareció por la calle de Míriam en uno de los momentos en que abrí los ojos para volver al mundo. Traía su libreta azul debajo del brazo y sus gafas gigantescas.

–¿Toco el timbre ya? –preguntó cuando llegó a mi altura, poniéndose de puntillas como si así pudiese mirar por la ventana del segundo piso para descubrir a Míriam al piano.

–No, unos minutos más, para que termine esta pieza –contesté cerrando los ojos para escuchar mejor los dedos de mi amiga saltando de tecla en tecla.

Antes yo no sabía que *pieza* era una canción,



pensaba que era un trozo de un puzle, pero con Míriam he aprendido mucho vocabulario.

Félix se sentó a mi lado y cerró los ojos también:

–¿Huele a jazmín? –preguntó.

–Como el patio de mi abuela en verano –respondí, y los dos sonreímos con los ojos cerrados.

De pronto, Míriam se tropezó con las teclas y el olor se desvaneció a toda velocidad para ser suplantado por el terrible hedor de las acelgas recién cocidas.

–¡Toca el timbre, toca el timbre! –le rogué a Félix dando un salto para levantarme del escalón.

A mi amigo le entró un poco la risa y se le escurrieron sus enormes gafas de la nariz. Pero me hizo caso y el sonido del timbre eliminó el olor de las acelgas.





## 4

Al principio mis amigos no entendían muy bien lo que era la sinestesia, porque es una cualidad que tiene muy poca gente. Consiste en que tus sentidos se mezclan: puedes oler algo cuando escuchas música, degustar un sabor cuando tocas cualquier cosa, ver colores cuando descubres a tus mejores amigos... En cada persona la sinestesia es diferente. Míriam dice que es mi superpoder, pero hasta que ella lo dijo a mí no me parecía tan divertido, porque a veces es un poco confuso. Por ejemplo, si me asusto, oigo unas trompetas muy fuertes que me atruenan los oídos. Eso no es agradable. Félix tiene una libreta



pequeña donde apunta cosas que le interesan y en ella tiene una lista de mis percepciones sinestésicas. Dice que es un diccionario para entenderme, pero yo creo que soy algo así como una amiga-experimento.



# 5

Miriam nos abrió la puerta. Mi amiga tiene el pelo negro más rizado que nadie haya visto jamás y siempre lo lleva recogido en una coleta tan redonda que parece una bola de peluche. Nos saludó y nos llevó hasta la mesa de la cocina, que es donde tenemos normalmente nuestras reuniones, porque su cuarto, con el piano, se queda muy pequeño. La madre de Miriam es voluntaria en



una perrera y en su casa siempre hay algún perrito esperando un hogar. Eso hace que tenga tres perros normalmente, aunque de su familia solo son dos. Una de las cosas preferidas de Félix es sentarse en el suelo y dejar que los perros de Míriam le limpien las gafas a lametazos. A mí me gusta acariciarlos y sentir que la boca me sabe a gominolas de fresa.

–Romeo, Dartacán..., ¡no os comáis a Félix!  
–se rio mi amiga al ver que los perros se le su-



bían a la espalda a Félix para mordisquearle las orejas-. ¡Tenemos que trabajar!

Saqué mi cuaderno de lengua de la mochila y mi estuche de rotuladores. El padre de Míriam pasó a saludar y preparó una gran jarra de zumo de naranja, manzana y zanahoria para invitarnos a una sesión de vitaminas. Es un gran fan de los zumos y los hace mezclando frutas y verduras como si no fuese una idea descabellada. A mí me encanta probarlos porque a veces hacen explotar fuegos artificiales dentro de mis párpados y es una sensación muy emocionante.

-¿Has traído la ficha con la encuesta? -le pregunté a Félix relamiéndome el bigote, que se me había quedado lleno de zumo.

-Sí, las tres que me ha dado el profe.

Félix las puso sobre la mesa. Eran las encuestas para nuestro público. Me puse un poco nerviosa al pensarlo, pero aparté el miedo escénico de mi cabeza. El profe nos había encargado hacer un trabajo de campo, que no tiene nada que ver con irse al campo a por margaritas, sino que es más bien ir por el mundo haciendo preguntas o investigando algún tema en concreto. Lo que teníamos que hacer era contarles un cuento a tres personas y que después rellenasen

la ficha explicando cómo lo habíamos hecho: si el cuento era interesante, si habíamos leído bien, si habíamos entonado de forma correcta, si había sido muy corto o demasiado largo... Entre todos habíamos decidido en clase qué cosas debían valorar nuestros oyentes y al final habíamos hecho la encuesta. El profe nos había repartido fotocopias y ahora solo nos quedaba lo más importante: escribir el cuento y encontrar al público.

–Es una pena que no valgan los padres ni los abuelos –recordó Míriam mirando al pasillo por el que se había escapado su padre con un gran vaso de zumo–. Si no, lo tendríamos listo en una tarde.

–Por eso tenemos dos semanas para hacer el trabajo –contestó Félix, que por fin se había separado de los perros, que ahora lo miraban desde el suelo con ojos suplicantes como si llevase los bolsillos llenos de galletas.

–¿Empezamos con el cuento? –propuse yo.